

Jorge Eugenio Dotti. Pensar y creer, leer y escribir

José Luis Galimidi / Universidad de Buenos Aires - Universidad de San Andrés

La producción del profesor Jorge Eugenio Dotti, abundante y variada, se despliega en libros, artículos académicos, notas de crítica político-cultural, conferencias, entrevistas y, por supuesto, clases. El ámbito de su accionar discursivo es, en un sentido amplio, el tratamiento filosófico de los diversos elementos de la estatalidad en la Modernidad occidental, lo cual incluye un especial cuidado por los bordes, las persistencias, las expansiones y las derivas de este universo espiritual. Toda su obra está animada por una personalísima combinación de fe y posicionamiento reflexivo, que confiere a la lectura de sus textos una sensación clara de vigor y consistencia. Lo que Dotti ocasionalmente afirma y da a entender sobre lo que cree que en general es pensar, leer y enseñar filosóficamente acerca de lo político encuentra un correlato muy ajustado en lo que él expone concretamente acerca de la soberanía en Hobbes, la lógica de Hegel, la excepción en Schmitt o la violencia posmglobal. Dotti ha escrito y leído como pensaba.

En estas notas quiero ensayar una versión, más intuitiva y amorosa que estrictamente argumentativa, de lo que podría ser un boceto de las líneas maestras de la arquitectónica dottiana, y mencionar también algunos de los efectos benéficos de una actitud de escritura que es vital, seria y luminosa.

El adjetivo “dottiana” no suena excesivo, lo cual indica que lo justifica la obra de un filósofo.

#1. La condición humana a partir de la cual Dotti traza la topografía del continente espiritual de la Modernidad se caracteriza por una radical carencia ontológica, y por una consiguiente referencia a lo trascendente. De un lado, nuestro autor encuentra en la subjetividad moderna una cierta reverencia racional por aquello absoluto de lo que se sabe carente. En tanto receptor del relato que lo muestra creado a imagen y semejanza divinas, el yo se expresa, emulador, ejerciendo una libertad creadora, *como si* a partir de la nada, tanto de teorías y sistemas doctrinales cuanto de instituciones y prácticas ordenadoras y jurídicas. Esta expansividad constructora e instituyente se automodera mediante la admisión de la propia finitud, actitud ésta que supone reconocer la existencia de límites para poder conocer y realizar lo que es bueno y justo. Un prudente escepticismo gnoseológico y antiutópico.

Pero, del otro lado, Dotti recela de la muy humana tendencia al olvido y simultáneo desafío ante lo divino. La subjetividad moderna tiene también una marcada reticencia a admitir los propios límites. La maldad del hombre moderno, su pecaminosidad, para ponerla en el tono bíblico que Dotti rescata en Carl Schmitt, es propensa a expandirse hacia todas las esferas de su

productividad, dando por absolutamente buenos y verdaderos los contenidos y empresas que imagina e intenta.

La ambivalencia mencionada aparece con toda claridad en la concepción del Estado, el más abarcativo y poderoso de los artificios humanos. Así como la soberbia y la reivindicación de un derecho universal sobre cosas y personas propician una condición generalizada, y recurrente, de miseria, desorden y enemistad, así también la construcción colectiva de un Dios Mortal, que requiere de la consentida autolimitación de cada uno, permite abrigar la esperanza de una coexistencia pacífica, segura y próspera. El Estado moderno que tematiza Dotti es un antídoto que intenta contrarrestar los efectos devastadores de la mala creatividad. Guarda, por tanto, memoria analógica del orden eclesial, vertical y salvífico, legado por la presencia del ungido en la historia, al tiempo que retarda la irrupción del cataclismo que anunciará el fin de los tiempos. A tal efecto, sus gobernantes deben respetar y hacer respetar el principio fundante de la representación: ninguna autoridad positiva puede presentarse como fuente última de toda razón y justicia, ni ejercer un poder que se crea capaz de realizar de manera inmediata el bien supremo en la historia terrenal. La voluntad soberana, con toda la potestad coercitiva con que se ha investido, tiene la misión de garantizar un espacio común en el que se observen los límites adecuados para la interacción entre las tres esferas constitutivas de la república: la pública estatal, la pública societal y la privada personal. La paradoja de la politicidad moderna, señala Dotti, radica en que se funda sobre ese mismo gesto revolucionario, libre y creador, a la irrupción de cuyos excesos debe aplicarse a contener.

#2. Lo anterior, que vale para los asuntos estudiados, se postula, en verdad, desde una convicción y una práctica presente. Toda la escritura de Dotti está animada por una fe reflexiva, una versión católica –pero, si se nos permite, no religiosa– del célebre *dictum* de Leo Strauss, según el cual la secreta vitalidad de la civilización occidental se funda sobre una confrontación recíproca, que debe ser nutrida más no resuelta, entre las premisas representadas por Jerusalén y por Atenas, por la teología y por la filosofía. Fe, por una parte –o convicción, o intuición no dogmática– en que hay para la existencia humana horizontes que pueden albergar escenarios buenos, pero cuya realización nunca puede ser, sin intervención providencial, más que parcial, transeúnte y contingente. Y reflexión, por la otra parte, que asume como tarea la elaboración de los significados asociados a dicha convicción.

La profesión de fe de Jorge Dotti en su posición, justamente, de profesional de la filosofía, reivindica, en primer lugar, la eminencia de la propia disciplina. La metafísica, afirma con sobrio orgullo, es un discurso privilegiado, que puede llegar a expresar con la mayor profundidad y precisión la conciencia o el espíritu de una época, en lo que refiere a sus cuestiones clave, con ensayos de respuesta a los aspectos políticos de la mediación que concilia lo Universal y lo particular concreto: por qué obedecer la ley y a sus autoridades, qué es soberanía, qué es lo económico, etc.

Dotti, como el Schmitt que lee y al que dedicó buena parte de sus estudios, es un moderno a ultranza: lo fundacional para él es la decisión responsable, y consciente, por tanto, de la finitud ajena y, especialmente, propia. Eran mortales racionales los modernos que implementaron la estatalidad soberana y la sociabilidad civil, y que las pensaron, y lo somos quienes decidimos

estudiarlas, resignificarlas, discutir las, darlas por perimidas, etc. Desde el presente se ejerce (en sentido apriorístico, no puede no ser ejercida) la misma libertad creativa y judicativa que se adjudica a los clásicos. El ejercicio de la facultad de juzgar, para Dotti, es factor clave en toda investigación sobre lo histórico filosófico, la cual, como las doctrinas políticas que se estudian, es a la vez creativa, interpretante... y polémica. Los Universales no se realizan a sí mismos, y tampoco se invocan sin voluntad de poder. Así como Hobbes, en su momento decide qué investigar y publicar, con qué estrategia argumentativa, polemizando con el núcleo de qué proyecto ético-político, y, más todavía, adjudicando a la autoridad soberana la potestad exclusiva de interpretar de manera institucional, concreta y situada cuál es la aplicación más adecuada del principio universal sobre el que se apoya la socialidad colectiva, así también Dotti reclama su derecho a seleccionar el propio canon de filósofos clásicos relevantes, e interpretar a cada integrante del grupo de pensadores contemporáneos que, a su criterio, elaboran con mayor amplitud y profundidad el legado problemático que da cuenta del estado contemporáneo del debate. Esta es su manera de templar la perspectiva con la que ofrece una versión panorámica de todo el asunto.

#3. La confianza de Dotti en la capacidad preeminente del modo filosófico de encarar las cuestiones que dan cuenta de los fundamentos de la vida en común se refleja en la manera en la que concibe el objeto histórico. Por más alta que sea la carga de materialidad que éste conlleva, (batallas, sistemas productivos, revoluciones tecnológicas, etc.), Dotti entiende que siempre, en última instancia, cada escenario es, él mismo, implementación de ideas, principios y creencias, configurado según voluntades y lecturas en pugna respecto de un legado dado que, a su vez, ya era una producción cultural.

Por esta razón, de entre la variedad de situaciones acaecidas, siempre construidas y nunca dato bruto, Dotti prefiere centrar su labor sobre los aspectos que, por naturaleza, se resisten con mayor firmeza a dejarse reducir al estudio causal positivo por parte de la sociología, la psicología, la economía, o, con cierta sofisticación, de la filosofía de la historia. Su atención se enfoca, en otras palabras, sobre territorios constituidos por el pensamiento, el juicio y la voluntad libre, y que sólo así pueden ser considerados legítimos objetos de comprensión y evaluación.

En otras palabras, la historia, para Dotti, está esencialmente abierta a la filosofía, y, por tanto, lo asuman o no sus actores, a la trascendencia. Toda práctica política, que incluye los discursos filosóficos de justificación o impugnación, es proyección de ideas éticas y de representaciones conceptuales y simbólicas, que mientan la relación de autoridad, con la consiguiente intervención de las categorías que jerarquizan lo alto y lo bajo, lo digno y lo inhumano, lo admisible y lo horrendo. Todo estudio histórico es, por su especificidad, en última instancia, historia de las ideas y de su eficacia. De ahí la confianza de Dotti en las (que, insistimos, él reconoce como) mentes más poderosas de nuestro pasado.

#4. En algún lugar Dotti dice que ha de admitir que escribe con un espíritu “extremadamente metafísico y polémico”. Esa expresión recuerda las muchas veces en que lo hemos escuchado decir que “lo político es un combate hermenéutico”. La polémica que organiza la escritura de Dotti transcurre en dos frentes, o tal vez, en dos aspectos de una única cuestión. Por una parte, en pro de la metafísica misma, discute con la pretensión cientificista de hegemonizar, desde una

postura positivista (que, en el fondo siempre es) ingenua, el discurso racional sobre lo político. Este acercamiento, que subsume, nominalmente, la filosofía política bajo el marco supuestamente más general de las ciencias sociales, elimina, por así decir, el espesor que por naturaleza caracteriza al escenario espiritual, en dos sentidos: niega, por un lado, racionalidad al ejercicio judicial y creativo de la libertad, en tanto lo reduce a determinismos economicistas, ideológicos, historicistas, etc., y desprecia, por el otro, la apertura a lo trascendente como actitud existencial propia de lo humano. En este sentido, Dotti asume plenamente el “drama existencial de la libertad”, que consiste, a los efectos de su *métier*, en responsabilizar a todo agente por una intervención discursiva que, por resultar esencialmente de una hermenéutica, nunca puede pasar de (ni conformarse con menos que) una “doxología con aspiraciones universalistas”.

La segunda faz, sustantiva, de la polemicidad dottiana modula con firmeza su intención general de lectura. Estudiar a los modernos y a los pensadores de los bordes de la modernidad (a un Locke y a un Rousseau, a un Schmitt y a un Laclau) es también y especialmente, darle batalla hoy a la perpetuación de una posmoglobal condición de naturaleza, sólo contenible, según Dotti, por alguna forma novedosa, aunque todavía no configurada, de intervención institucional-estatal. Hoy como ayer, Estado y filosofía (en la perspectiva de Dotti) se ubican ambas del lado de la contención katejónica frente a la muy moderna y recurrente tendencia a la negación de todo principio de orden y verticalidad, único vector éste último, según nuestro pensador, capaz de propiciar y proteger una horizontalidad respetuosa de la dignidad de cada espacio humano.

Por ejemplo:

“Hobbes se hace fuerte en el mismo constructivismo de la voluntad/conciencia que legitima a esa revolución (a la que el Leviatán tiene la misión de poner fin). La magna construcción barroca nace muerta; lo cual no impide que su efímera vitalidad se cristalice teóricamente como paradigma teológico-político del Estado, cuya persistente sombra ilumina la actualidad. La existencia de lo político no es biológica ni es un episodio de una filosofía de la historia.” (“Incursus teológico político”, Nota 2, p. 281).

Similar inquietud encontramos en el modo aprobatorio con el que expone, por ejemplo, la controversia que Hegel mantiene con las abstracciones del Entendimiento. El Terror, en su lectura, sucede de manera necesaria cuando se ejerce el poder desconociendo la necesidad institucional de la mediación, gesto éste (punto ciego) con el cual se termina invocando universales vacuos que legitiman, arbitraria más no soberanamente, acciones contingentes (usualmente deconstructivas, o llanamente destructivas), que se autoinvisten con una validez absoluta.

El afán dottiano, en breve, es la elucidación conceptual de la violencia hipermoderna, esa apropiación renegadora de categorías teológicas, que, paradójicamente, santifica la propia percepción sobre lo que puede ser sabido sin residuos y sobre las metas últimas que deben cumplirse, abriendo las compuertas de una confrontación total y planetaria, en la que todo vale. Negación soberbia, mesiánica, de toda validez de límites y jerarquías, causante de una “conflictividad polimorfa e irrestricta, que desquicia todo canon de contención”, y que, por tanto, no puede más que buscar la aniquilación de la autoridad soberana estatal y de las disposiciones de juridicidad y pacificación que la estatalidad habilita.

Es tremendamente bella, e ilustrativa de su escritura, la caracterización que hace Dotti del terrorismo contemporáneo, al que, junto con la guerra total, la gendarmería planetaria y la colonización de lo estatal por parte de particularidades hegemónicas, ya sean económicas, partidarias o confesionales, intenta mostrar como *factum* derivado del proceso de hipermodernización. Convocando en una frase significantes que remiten, obviamente, a explosiones, pero también al capital globalizado, a la toma acuosa y ya no territorial del espacio, a *Moby Dick* y a la mala infinitud, Dotti sintetiza: "(El terrorismo posmoderno es) conciencia desustancializada, mero fragmento en flujo infinito por un único espacio ilimitado." ("Hegel filósofo de la guerra y la violencia contemporánea", p. 98)

#5. Finitud, trascendencia, pecado, lógica, autoridad, paz, guerra, violencia. Los asuntos que trabaja Dotti, se ve, no son livianos. Pero él no quiere ser (quiere no ser) un romántico. Junto con la fe en la reverencia, en la labor filosófica, en las producciones doctrinarias de algunos filósofos, y en sí mismo como interlocutor competente, nuestro pensador se confía a su *lector in fabula*. Su escritura, así, se autoimpone un compromiso de seriedad, virtud que en Dotti presenta varios aspectos.

Rigor académico, con un tratamiento del aparato crítico que a la vez que selecto, suele ser abrumadoramente profuso.

Respeto por las posturas elegidas como adversas. Así como Dotti descrea del diálogo como actitud capaz *per se* de acercar diferencias que, en rigor, en algún momento deben poder reconocerse como existenciales e inconciliables, así también advierte sobre la fatal inconveniencia de banalizar la categoría de enemistad, que sólo aplica para quien está dispuesto a dejar de lado el discurso y pasar a exponer, apelando al cielo, la propia vida física en defensa de un agrupamiento decisivo.

Pero también, y especialmente, confianza en la tenacidad, lucidez y competencia específica de su lector. La pluma de Dotti es exigente (ardua en ocasiones) en su sintaxis, en su argumentación, a menudo en su extensión, y en la variedad de alusiones, no siempre explicitadas. Los espacios por los que transita su discurso son exclusivamente institucionales, profesionales o, en cualquier caso, como ocurre con sus intervenciones político-culturales, siempre habitados por un público, digamos, prevalentemente cultivado. Hay una proporcionalidad entre la complejidad de los temas que lo convocan y la manera de comunicarlos que Dotti no está dispuesto a desequilibrar. Publicística y filosofía, en su opinión, son inconciliables.

Esta seriedad, por una parte, genera en el lector una cierta inquietud. Siempre parece haber ahí, en el texto, bastante más de lo que uno está logrando encontrar, o comprender. Pero, por la otra parte, esta incomodidad no busca inhibir ni excluir. Muy por el contrario, es indicio de una invitación generosa a participar de la *civitas philosophica*, no siempre coextensiva con la academia. Dotti, con su obra, ofrece testimonio de la importancia que atribuye al hecho fundamental de tomarse en serio la lealtad que el pensamiento debe a la ciudad. Y alienta y compromete a su lector a hacer lo propio. Creer y pensar, leer y escribir.

> Lecturas sugeridas

- » “El Hobbes de Schmitt”, *Cuadernos de Filosofía*, 32, 1989, pp. 57-69.
- » “Teología política y excepción”, *Daimon* [Universidad de Murcia], 13, 1996, pp. 129-140.
- » “Filosofía y Letras en el cine. Notas sobre una presencia proteica”, *Espacios de crítica y producción* [Facultad de Filosofía y Letras de la UBA], 19-20, 1996, pp. 45-60 (en co-autoría con Beatriz Trastoy).
- » “Prologo” a su *Carl Schmitt en Argentina*. Rosario, Homo Sapiens, 2000.
- » “«Seguid a vuestro jefe». Reverberaciones decisionistas en Melville”, *Deus Mortalis. Cuaderno de filosofía política*, 2, 2003, pp. 115-244.
- » “Hegel filósofo de la guerra y la violencia contemporánea”, *Anuario Filosófico de la Universidad de Navarra*, XL, 1, 2007, pp. 69-107.
- » “Incursus teológico-político”, en su *Las vetas del texto. Segunda edición ampliada*, ed. Las Cuarenta, Buenos Aires, 2011, pp. 275-300.
- » “La representación teológico-política en Carl Schmitt”, *Avatares filosóficos* [FFyL-UBA], 1, 2014, pp. 27-54.